

gunas anotaciones —eruditas, si se quiere— al respecto. Ellas justificarán sobradamente mi opinión respecto al crecido uso que hace Vallejo de esta referencia. Los Catecismos de Astete y Ripalda —uno de los cuales, si no los dos, conoció y estudió inexorablemente Vallejo— dicen, en su ya clásico método de preguntas y respuestas: el de Astete: «P. ¿Cuál es la señal del cristiano? R. La santa Cruz. P. ¿Por qué? R. Porque es figura de Cristo crucificado que en ella nos redimió» (CAR, 109); y el de Ripalda: «P. ¿Cuál es la insignia y señal del cristiano? R. La santa Cruz. P. ¿Por qué? R. Porque es figura de Cristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella» (CAR, 251). La cruz es, pues, el símbolo por excelencia del Cristianismo; y ello, por su unión física a la muerte (crucifixión) de Cristo: Mt 27, 31 ss; Mc 15, 13 ss; Lc 23, 20 ss; Jn 19, 15 ss. Los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas canónicas aluden directa y constantemente al hecho de la muerte de Cristo en la Cruz y a sus consecuencias. De la cruz harán los Santos Padres y la Iglesia una doctrina ascética cuya profesión o cumplimiento serán garantía de salvación, y que puede resumirse así: «Metafórica y teológicamente la cruz es el trasunto de la verdadera vida cristiana, que ha de ser imitación de la pasión y cruz de Cristo (Mt 10, 38; 16, 24; Mc 8, 34; Lc 9, 23; 14, 27). La cruz es el símbolo de la abnegación de sí mismo, por la que el mundo y la carne están crucificados para el cristiano (Ga 5, 24; 6, 14), del oprobio de los hombres, de la humillación y del escándalo (1Co 12, 3; Ga 5, 11); pero a los ojos de Dios, la cruz es justamente la suma del evangelio (1Co 1, 18-23; Ga 6, 12). Sólo por la cruz tiene también el hombre parte en la redención (Ef 2, 14-16; Col 1, 20; 2, 14). Así, la cruz es medio y símbolo de la unión moral y mística con Cristo (Mt 10, 38; Rm 6, 8; Ga 2, 20; 5, 24 ss)» (Cfr. Herbert Haag, A. van den Born y Serafín de Ausejo, Diccionario de la Biblia. Herder, Barcelona, 1966, col. 406). Las líneas básicas de una consideración teológica de la cruz son éstas: el escándalo de la cruz, el misterio de la cruz, la teología de la cruz, la cruz y la gloria, la cruz de Cristo y el cristiano, la vida crucificada, la cruz como título glorioso del cristiano (Cfr. X. Leon-Dufour, Vocabulario de teología bíblica, Herder, Barcelona, 1957, pp. 170-172). La cruz era un instrumento de castigo ignominioso y mortal, reservado entre los romanos a los grandes malhechores —homicidas, ladrones, traidores y sediciosos—, a los esclavos y a los hombres libres pero no romanos (los cives romani tenían derecho a ser muertos a espada). Pero ya en la antigüedad era conocida en Babilonia y en México como signo, símbolo y adorno. Civilizaciones antiquísimas del Oriente conocieron la cruz gamada o esvástica. En Asia Menor aparece en forma de «rueda solar» y en Egipto la «cruz con asas». ¿Qué forma tenía la cruz de Cristo? Dos eran las más usadas en aquel tiempo: la cruz comissa —llamada «cruz de Antonio», compuesta por dos maderos en forma de T, uno vertical y otro horizontal colocado encima del anterior, y la cruz inmissa o capitata —dos maderos, el vertical sobresaliendo sobre el horizontal— de la que existían dos variantes: la cruz latina —de maderos desiguales, el vertical más largo que el horizontal— y la cruz griega —de maderos iguales—. La cruz en aspa o «de San Andrés» no aparece hasta el siglo X. De ordinario, se admite que la cruz de Cristo fue la inmissa porque, según Mt 27, 33, había una tablilla de identificación del reo, colocada encima de su cabeza. El palo vertical tenía un sedile en el que el crucificado estaba, de alguna manera, sentado, y un suppedaneum o escabel, en el que apoyaba los pies. Las cruces romanas no eran altas, en general: los pies de Cristo estarían aproximadamente a un metro del suelo, como parece indicar el hecho de darle a beber con una vara de hisopo. La muerte en cruz era lenta y muy dolorosa, y era normal que, para acortar los dolores a los crucificados, se les quebraran a golpes las piernas: al quedar colgados exclusivamente de los brazos, los ajusticiados morían por asfixia y desangramiento. Este fue el caso de los dos malhechores que estaban a derecha e izquierda de Cristo; pero no el caso de Cristo: cuando los soldados se acercaron a él para romperle las piernas ya estaba muerto; a modo de tiro de gracia, uno de ellos le dio una lanzada en el costado. En cuanto a la forma concreta de crucifixión, lo normal era clavar al condenado a la cruz por medio de tres o cuatro clavos; ésta es la forma tradicional que recoge Vallejo en sus referencias; está documentada en la Biblia (Jn 20, 25; Lc 24, 39; etc.) respecto a Cristo. Ver nota 280. Vallejo, pues, acude a una amplia referencia bíblica a la que, dentro del sentido general de dolor físico, dota de una serie de matices: en «Avestruz», la cruz es identificada con el hombre mismo (que nace para vivir dolorosamente); en «El poeta a su amada», los dos maderos del beso son el lugar donde se crucifica la amada; en «Impía», clavar la cruz es pecar; en «Terceto autóctono, I», se alude a signarse y santiguarse, de acuerdo con los modos de hacer la señal de la cruz de los que hablaban Astete y Ripalda. Dice el Catecismo del padre Astete: «P. ¿En cuántas maneras usa el cristiano esta señal? R. En dos. P. ¿Cuáles son? R. Signar y santiguar» (CAR, 109); y el del padre Ripalda: «P. ¿Cómo usáis vos de ella? R. Signándome y santiguándome» (CAR, 251); en «El pan nuestro», los versos que cito aquí forman parte de un pasaje clave para entender la postura vallejana de reivindicación social y revolución cristiana; en «Ascuas», la referencia contrapone cruz a luz, de acuerdo con el proverbio ascético-cristiano «per crucem ad lucem» (por la cruz a la luz) que, a su vez, se apoya en el proceso «muerte-resurrección» y que, por tanto, indica el paso del dolor al gozo; la contraposición «cruz-luz» aparece también nítidamente aludida en el citado pasaje de «El pan nuestro». Para madera, ver nota 29. Tan extensa nota pudiera hacer pensar que definiendo un talante religioso-cristiano para la poesía de Vallejo. No es así. Ni se toca el tema. Tan sólo se señalan referencias bíblicas y sus matizaciones. Para convencerse de lo apresurado que sería atribuir ese talante a la poesía vallejana, léase el verso de «Nostalgias imperiales, II», en el que la cruz se convierte en lamento y denuncia por/ de la conquista americana por parte del «latino arcabuz»...

— ... *mi corona de carne* [dos veces] («Terremoto», OPC, 285).<sup>28</sup>

d) *En España, aparta de mí este cáliz*

— [España] está madre y maestra,  
cruz y madera... (XV, OPC, 479).<sup>29</sup>

1.2.3 *Personas*

a) *En Los heraldos negros*

- Son las caídas hondas de los *Cristos* del alma («Los heraldos negros», OPC, 51).
- y cuelga, como *un Cristo ensangrentado* («Oración del camino», OPC, 96).<sup>30</sup>
- Roja corona de un *Jesús* que piensa («Deshojación sagrada», OPC, 55).
- que ha nacido el *niño-jesús* de tu amor («Nochebuena», OPC, 59).
- y tu pena me ha dicho que *Jesús* ha llorado («El poeta a su amada», OPC, 76).
- como un croquis pagano de *Jesús* («Yeso», OPC, 84).
- y al fin dirá temblando: «Qué frío hay... *Jesús!*» («Idilio muerto», OPC, 102).
- el *Jesús* aún mejor de otra gran Yema («Líneas», OPC, 114).<sup>31</sup>

<sup>28</sup> Entiendo que se trata de una referencia bíblica implícita, lograda con alteración de la frase «corona de espinas», que aparece en Mt 27, 29, en Mc 15, 17 y en Jn 19, 2. De los evangelios pasó a la piedad popular y se convirtió en el tercer Misterio doloroso del Rosario, «La coronación de espinas» (CAR, 192) o «Cómo fue coronado de espinas» (CAR, 397). En cuanto al lexema *carne*, baste decir que en el NT significa la naturaleza humana débil, caduca y limitada, de modo que «lo carnal» indica, sobre todo en San Pablo, lo puramente humano o natural, en oposición a lo cristiano, espiritual y sobrenatural; es decir, se trata de un lexema inyectado de un sentido intensamente peyorativo. Así lo recogen los Catecismos de Astete y Ripalda; el de Astete, como uno de «los enemigos del alma, de que hemos de huir» y que son tres: «El primero es el Mundo. El segundo, el Demonio. El tercero, la Carne» (CAR, 178); y en el de Ripalda, del mismo modo (CAR, 363). Ver nota 289.

<sup>29</sup> Ver nota 26. El lexema *madera* es también, a mi juicio, una referencia bíblica, refrendada por el contexto, en general, y por la palabra *cruz*, en particular. En efecto, ya en el griego profano, «madero» tenía un sentido deshonoroso de instrumento de castigo; de ese sentido surgió el de *cruz* (ver nota 27) como «madero de maldición» (Ga 3, 13). Pero no hay que olvidar que de «madera» surgió asimismo la idea de «árbol de la vida», idea que también fue aplicada a la *cruz*: «Árbol en el que estuvo clavada la salvación del mundo», como aún canta la liturgia católica del Viernes Santo.

<sup>30</sup> Ver nota 27. *Cristo* significa «el ungido». Es título que añadieron los discípulos al nombre de *Jesús* (ver nota 31), con artículo, «el Cristo»: Mt 1, 16; 27, 17; Mc 1, 1; Jn 1, 17; Hch 2, 38; 5, 42; 9, 34; etc. Al propagarse el evangelio por el mundo griego, que no comprendía el sentido de ese título, *Cristo*, ya sin artículo, quedó reducido a un nombre más de *Jesús*: Hch 11, 26; Rm 6, 4 ss; 8, 17; 9, 3; 1Co 1, 12 ss; 17, 23; 1P 1, 11; etc. Se trata, pues, de una referencia explícita al *Cristo* histórico, el de los evangelios, el de la doctrina cristiana. El plural empleado por Vallejo expresa, sin duda, las características mejores del «yo», personalizadas hasta la cristificación. *Caídas* es lexema que puede referirse tanto a las tradicionales de *Cristo* camino del Calvario, como a las caídas espirituales, es decir, a los pecados (ver nota 216): en cualquier caso, la referencia religiosa es indudable. Los *Cristos* ensangrentados hacen pensar en las imágenes barrocas llevadas por los misioneros, muy en especial a los tremendos y dramáticos *Cristos*.

<sup>31</sup> *Jesús*: del griego *Iesoûs*, es transcripción del hebreo *yesu'a* y significa «Yahveh es ayuda»; era uno de los nombres propios de persona más corrientes entre los israelitas. Fue el nombre impuesto, por indicación del ángel del Señor (Mt 1, 21; Lc 1, 31), al hijo de María en la ceremonia de la circuncisión: Lc 2, 21. Aparece incontables veces en el NT. En la doctrina cristiana significa «salvador», y así lo atestiguan los mentados Catecismos de Astete y Ripalda. Es sinónimo de *Cristo* (ver nota 30). De la unión de los dos nombres surgió un tercero, *Jesucristo* que significa «el ungido como salvador», el mesías. Nada extraño, pues, que

- tú no tienes *Marías* que se van («Los dados eternos», OPC, 122).<sup>32</sup>
- tuve a tus ojos *de Magdala* («Setiembre», OPC, 78).<sup>33</sup>
- un *Bautista* que aguaita, aguaita, aguaita... («Líneas», OPC, 114).<sup>34</sup>
- como un perenne *Lázaro* de luz («Huaco», OPC, 97).<sup>35</sup>
- Luce *el Apóstol* en su trono, luego («Terceto autóctono, I», OPC, 93).<sup>36</sup>

### b) En Trilce

- Es posible me persigan hasta cuatro magistrados vuelto. Es posible me juzguen *pedro* (XXII, OPC, 164).
- y con ella la mano negativa de *Pedro* (XXIV, OPC, 166).<sup>37</sup>
- Al borde de un sepulcro florecido transcurren dos *marías* llorando [...]

la referencia bíblica vallejiana sea muy consistente y compleja; Jesús coronado (de espinas) es el Cristo ensangrentado de la Pasión; el niño-jesús es figura central en la Nochebuena, que es el título del poema en que aparece; el Jesús que llora está documentado en Lc 19, 41 y en Jn 11, 35; la exclamación «qué frío hay... Jesús!» es popular y fuertemente sacralizada y asumida como elemento poético: el «croquis pagano de Jesús» es, a buen seguro, una referencia envilecedora a los aludidos Cristos de los misioneros (ver nota 30). El nombre Jesús aparece en cinco poemas de Los heraldos negros y en uno de Poemas en prosa.

<sup>32</sup> Vallejo tenía *Marías* que se habían ido: María Rosa Sandoval, muerta el 10 de febrero de 1918, y su madre, María de los Santos Mendoza, muerta el 10 de agosto de 1918 —aunque el fallecimiento de ésta fue posterior a la aparición de «Los dados eternos» (La Semana, 23 de marzo de 1918)—. Justamente, por eso, la referencia bíblica tiene una expresividad más acentuada. A tal efecto, da lo mismo que las *Marías* bíblicas fueran tres o dos. Cfr. al respecto: Mt 27, 56; 28, 1; Mc 15, 40; 16, 1; Lc 24, 10; Jn 19, 21. (Ver nota 38.) María es nombre derivado del hebreo miryam, de interpretación dudosa y dispar: «ser contumaz», «ser corpulento» (la corpulencia era, en el antiguo Oriente, cualidad integrante de la belleza femenina), «amada de Yahveh», «la vidente», «señora», «la elevada», «la excelsa»... La interpretación *stella maris* (de tan arraigada tradición himnológica) es una corrupción de la expresión con la que San Jerónimo tradujo el nombre hebreo miryam, a saber, *stilla maris*, es decir, «gota del mar», no «estrella del mar».

<sup>33</sup> Magdala no es nombre de persona. Lo es de lugar, es decir, un topónimo. Se trata de *Mágdala*, tal vez identificable con *Tariquea*, aldea de la ribera occidental del lago Tiberíades o Mar de Galilea y patria de María Magdalena, la mujer pecadora. Sobre ella, la documentación bíblica es abundantísima: Mt 27, 56; 27, 61; 28, 1 ss; Lc 8, 30; 11, 26; 23, 49; 24, 10; Jn 19, 25; 20, 1-8; etc. De la Magdalena hablan también los EA Evangelio de María Magdalena (EA, 107), el Evangelio de Pedro (EA, 415), y la Carta de Tiberio a Pilato (EA, 504). Sin duda, la referencia vallejiana es personal, no local.

<sup>34</sup> Bautista: Juan el Bautista, precursor de Cristo, que predicó en el Jordán (ver nota 2). De él habla profusamente el NT.

<sup>35</sup> Lázaro es forma griega abreviada de Eleazar (del hebreo 'el azar, «Dios ha ayudado»). En el NT aparecen dos Lázaros, uno real y otro imaginario. El real era de Betania, amigo de Jesús y hermano de María y de Marta. Murió y fue resucitado por Cristo. Se hace mención de él sólo en el evangelio de San Juan: cfr. Jn 11, 1-14; 12, 1-11. El Lázaro imaginario aparece en la parábola del «rico epulón»: Lc 16, 19-31. El Lázaro real aparece en los EA Evangelio armenio de la infancia (EA, 334), las Actas de Pilato (EA, 443, 475) y la Venganza del Salvador (EA, 562).

<sup>36</sup> Apóstol (del griego apóstolos) significa en el NT «enviado», «mensajero». Los apóstoles eran doce. Uno de ellos, Santiago el Mayor, el Apóstol Santiago, patrón de España y de muchas localidades americanas. Entre otras, de Santiago de Chuco, pueblo natal de Vallejo. Su festividad se celebraba —y se sigue celebrando— el 25 de julio. Llamo la atención del lector sobre el fuerte sincretismo religioso de la estrofa a la que pertenece este verso. Tal sincretismo opone muy serias dudas a la consideración de Vallejo como poeta religioso, en el sentido doctrinal que algunos pretenden. Sobre Santiago el Mayor habla el apócrifo Narración del Pseudo José de Arimatea (EA, 691) y sobre su venida a España, el Evangelio de Santiago el Mayor (EA, 27).

<sup>37</sup> Aunque escrito con minúscula inicial, la referencia al apóstol Pedro es clara. En Mt 26, 33 ss y 69 ss, en Mc 14, 28 ss y 66 ss, en Lc 22, 31 ss y 54 ss, en Jn 12 ss se habla de las protestas de fidelidad de Pedro y su posterior traición. Pedro significa, pues, en estos versos, «infiel», «traidor», «culpable», y alude al juicio que se sigue contra Vallejo y a la espera de cuyo veredicto se encuentra encarcelado en Trujillo. Confirma esta interpretación el verso de Trilce XXIV.